

Colomán Navarro

El pasado mes de Junio se celebró en Brescia, Italia, el XIV Congreso Mundial de la AIEJI (Association Internationale des Educateurs de Jeunes Inadaptés), que tenía por lema: “*Funciones socio-educativas en un mundo multicultural*”. Como indicaba Gustavo Velastegui (Presidente de la AIEJI) en su discurso de apertura, los cambios económicos, sociales y culturales producidos durante los últimos lustros están generando una “inmensidad de problemáticas” ante las cuales el educador está interviniendo, cada vez de forma más profesionalizada, consciente de su papel como agente “educativo-pedagógico desde la óptica de la inserción, la integración y la participación de los individuos” con independencia de su origen social, étnico, cultural, etc. Ahora bien, dichos cambios afectan a estructuras muy profundas, tales como “la identidad y los valores” que definen la comunidad humana, incidiendo de pleno, por tanto, en los “fundamentos mismos de la educación”. De ahí el título de la conferencia inaugural de Edgar Morin, “*Complejidad social y función socio-educativa*”. Ello nos obliga a reflexionar sobre la naturaleza del fenómeno y sobre las consecuencias que en torno a nuestra labor como educadores están teniendo y tendrán dichos cambios, dado que gran parte de los destinatarios de nuestra intervención serán sujetos cuya existencia estará marcada por la interpretación y la respuesta que las sociedades den al problema de la multiculturalidad. En este sentido, G.Velastegui, dejó constancia del compromiso ético y social que debe guiar toda labor educativa, dedicando este congreso a la memoria del recientemente fallecido Paulo Freire, y recordándonos una vez más que la función capital de la educación es construir nuevas opciones para el cambio social.

El congreso quedó organizado en diferentes espacios de intervención: forums, workshops, comunicaciones libres y asamblea de la asociación. Puesto que en su día se editarán las actas correspondientes, las líneas que vienen a continuación son un comentario valorativo sin ánimo exhaustividad en el que intentaré plasmar aquellos aspectos, a mi juicio, más significativos del congreso (contenidos, actividades, organización, etc.).

Los **forums**, en los cuales pudimos escuchar la opinión de los “expertos” sobre algunas cuestiones generales directamente relacionadas con el lema del congreso, se caracterizaron, al igual que los workshops, y como viene siendo cada vez más frecuente en este tipo de “macroencuentros”, por la ausencia de debate como consecuencia de la saturación de ponencias. Ahora bien, creo que se debe valorar como muy positiva la variada y significativa representación de los ponentes, procedentes de organismos gubernamentales e instituciones educativas, sobretudo europeos, pero también, aunque en número escaso, de otros continentes.

Desde el punto de vista de los contenidos, la multiculturalidad quedaría definida como una realidad social que refleja y agudiza la crisis ideológica

del pensamiento heredero de la modernidad (izquierda vs derecha, libertad vs igualdad, universalidad vs diferencia, individuo vs comunidad, etc.), que repercute en la labor educativa en la medida que afecta al diseño de un modelo capaz de dar respuesta a valores de carácter universalista facilitando a la vez el pleno desarrollo de cada individuo. Esta situación estaría generando, como consecuencia de los nuevos movimientos migratorios y las demandas de inserción social subsecuentes en los contextos de recepción, nuevas realidades y problemas directamente ligados a procesos de exclusión social. En este sentido, Claudio Bolzman (sociólogo, Instituto de Estudios Sociales, Ginebra) insistía en una idea elemental, pero de gran importancia, a saber, que los movimientos migratorios no tienen por qué generar bolsas de pobreza y marginación. Son las políticas de los países receptores las que al limitar el acceso a la condición de ciudadano generan procesos de exclusión y vulnerabilidad. Saïd Bouamama (sociólogo y economista, experto en procesos multiculturales, Escuela de Educadores, Lille), profundizando en la misma línea, nos hizo notar que la forma en que se analiza el problema no es ajena a su génesis misma. La ingenuidad (modelo “integracionista”) puede producir efectos tan nefastos como la posición negativa o de compasión (modelo “naturalista/diferenciador”), al no tener en cuenta que el proceso de incorporación implica tanto pérdidas como ganancias para el inmigrado (eso lo saben las generaciones anteriores bien integradas). El problema se produce cuando el cambio no comporta ganancia alguna y además aumenta las pérdidas (p.e. cuando los hijos de inmigrados quedan excluidos). Entonces es cuando se produce el retorno a lecturas de la realidad que recuperan mecanismos ancestrales de integración por diferenciación. Por ello, Saïd Bouamama propone generar dinámicas que incrementen el acercamiento, pero siendo conscientes de que implican superar dos tipos de fronteras: las económicas y las socio-jurídicas. Finalmente, en el mismo forum, Antonio Perotti (asesor experto de UE), pergeñó algunas reflexiones alrededor de la diferenciación entre los conceptos de integración social/integración e integración nacional/asimilación, y su proximidad con una de las características que definen al neo-racismo (no miedo a la diferencia, sino miedo a la mezcla): la pérdida de espacio de poder simbólico.

También resultó muy interesante el forum “*La función socio-educativa en un mundo multicultural*”, a pesar de la diversidad de contenido de las ponencias. La cuestión de fondo se podría sintetizar en la siguiente pregunta: en esta situación de crisis y choque multicultural, el educador social ¿para qué sirve? La respuesta a esta pregunta concitó la coincidencia en torno a la idea según la cual el educador social, se entienda como se entienda su rol profesional, es necesariamente, y ante todo, un agente social, que cumple una función básicamente intermediadora, facilitadora del

diálogo y, por tanto, del encuentro. A partir de ahí, Emmanuel Grupper (Israel) definió el rol del educador social, en tanto que agente social, desde el modelo ecológico de Brofenbrenner. Otto Filtzinger (Alemania) realizó un análisis de los diversos componentes de esa función intermediadora, enfatizando la necesidad de adoptar un enfoque asistencial cuando se trata del momento de la llegada, y un modelo interactivo/mediador posteriormente, abandonando en esta segunda fase, la concepción deficitaria. Finalmente, Duccio Demetrio (Italia), mostró algunos aspectos y resultados de su experiencia en Milán haciendo uso de la memoria y la narración como instrumentos relacionales para la construcción de una pedagogía intercultural.

Otro forum especialmente concurrido fue el moderado por Luis Pantoja-Vargas, “Ética y proceso de profesionalización”, y en el que se puso de manifiesto la necesidad de la reflexión ética, como base para la elaboración del código deontológico que rija el ejercicio profesional del educador social. En este sentido, se puso especial énfasis en el hecho de que la multiculturalidad, caracterizada por el cambio de valores, el relativismo y la indefinición del concepto de educación, estimula simultáneamente la resistencia a aceptar un código deontológico, de ahí la extraordinaria dificultad de su elaboración (¿quién lo redacta? ¿qué contenidos lo componen?)

Los **workshops**, al igual que los forums, dieron lugar a sendas exposiciones que no pudieron ser debatidas dada la premura de tiempo y lo apretado de la agenda. No obstante, la afluencia de público fue considerable en todos ellos, siendo la estrella el ws. titulado “Identidad Profesional y Cultura de los Educadores”, moderado por Manuela Salani (Italia). En conjunto, los workshops, mostraron una gran variedad de temas, desde la actuación de los educadores sociales en el extranjero, la experiencia de los educadores sociales en contextos multiculturales y en procesos de exclusión y de integración social, hasta temas relativos a la formación y las competencias educativas de las que debe dotarse al educador social. En conjunto se produjo una fuerte coincidencia al constatar que la actuación en contextos multiculturales va muy ligada a la actuación frente a fenómenos de exclusión social, donde la labor del educador social adquiere todo su sentido en tanto que agente social de cambio. También hubo un acuerdo importante al constatar el problema de identidad que caracteriza al educador social, hasta el extremo de hacer de éste tema el objeto de una parodia, de las muchas con que amenizaron el congreso los estudiantes de educación social de la escuela de Brescia (en Italia, Educación Profesional). Finalmente, también es destacable la mesa en la que se presentaron algunos modelos de formación, a pesar de lo escaso de la representación por países (Israel e Italia), y en la que las cuestiones centrales fueron: la necesidad de integrar

teoría y práctica, la constatación del fenómeno del estrés profesional y la necesidad de trabajar por la valorización y reconocimiento social de la profesión y sus estudios, y la necesidad de la formación permanente.

En conjunto, se puede valorar como positivo el hecho de haber constatado la coincidencia de los participantes respecto la identidad del educador social como agente social de cambio, a pesar de la indefinición de los contenidos de la misma; y la necesidad de valorización y reconocimiento social de la profesión. Por otro lado, la divergencia y desconexión entre modelos de formación y actuación presentados, así como la indefinición de la identidad del educador social, más que ser valorados como aspectos negativos, se pueden entender como evidencia de que la educación social es, a pesar de la antigüedad de sus fuentes, un campo emergente en proceso de constitución.

Prueba de ello es la dispersión temática y el desequilibrio territorial entre los grupos que presentaron **comunicaciones**. La mayor parte de las comunicaciones se centraron en la exposición de experiencias particulares (¿nacionales?) y evolución de la educación social en cada país, relativas a la intervención con población juvenil pero en relación a problemáticas muy diversas (inserción sociolaboral, integración social, intervención en prisiones, etc.); y fueron hechas por italianos, suizos, franceses, belgas y españoles, sobretudo. La representación de otros países fue más esporádica, siendo significativa la escasa presencia anglosajona.

En cuanto a la **Asamblea de la AIEJI**, lo más destacable ha sido el cambio de nombre: a partir de ahora Asociación Internacional de Educadores Sociales, si bien conservará las siglas AIEJI como símbolo de identidad. Con este cambio se legitima e institucionaliza el reconocimiento a la pluralidad de públicos y situaciones en las que de hecho interviene hoy en día el educador social, lo que posiblemente constituirá uno de los rasgos definitorios más característicos de nuestra profesión. También es significativo que de los tres lemas que resumen las orientaciones políticas para los próximos 4 años (contra el racismo, contra toda forma de exclusión) uno sea “para que la profesión del Educador Social sea reconocida y tomada en serio como profesión de cambio social”.

En síntesis, éste ha sido un congreso que marca un giro en la historia de la AIEJI: la constatación y reconocimiento de la apertura a la diversidad de públicos, de situaciones, de culturas como rasgo definitorio del ejercicio profesional de este tipo de educadores, sancionado definitivamente con el cambio de denominación de la asociación: Asociación Internacional de Educadores Sociales. Ahora bien, también ha servido para poner de

manifiesto los puntos más frágiles del sector: la ausencia de elaboración teórico-metodológica propia y la falta de reconocimiento social. Ahora bien, ¿se trata de muestras de debilidad propias de un organismo que no termina de formarse, o son realmente signos de fragilidad propios de una etapa de cambio y crecimiento? De nuestro compromiso en el trabajo día a día, de nuestra capacidad para protagonizar los procesos de cambio social y de la calidad técnica y humana de la formación ofrecida a los futuros educadores sociales depende en gran medida la respuesta a ese y otros interrogantes.

Colomán Navarro  
Profesor de la Diplomatura de Educación Social  
Universitat Ramon Llull. Barcelona